

II

Trasladado el general San Martín á Chile en los primeros días de enero de 1820, ocupóse inmediatamente en concertar, de acuerdo con O'Higgins, los medios de realizar la grande empresa que lo llevaba de nuevo al occidente de la cordillera. « Sería inútil, le decía, probar la necesidad de la » expedición sobre el Perú, y que de no hacerla, la suerte de » la América está expuesta, si no á sucumbir, por lo menos » á que se forme en su seno una horrenda anarquía. » Partiendo de esta base, proponía una expedición de 6,000 hombres, incluso los dos mil hombres de Cuyo, que declaraba estar prontos á pasar los Andes, así como diez piezas de artillería existentes en Mendoza (3). En medio de estos trabajos preparatorios le llegaron dos terribles noticias que dificultaban sus planes: el ejército auxiliar del Perú se había sublevado en masa contra el gobierno general de las Provincias Unidas, y hecho la paz con los montoneros que estaba encargado de combatir: el batallón N° 1.º de cazadores acantonado en San Juan, se había sublevado también con dos días de diferencia. Las mismas causas producían los mismos efectos: era la repercusión del motín de Tucumán y el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres, como inherente á la naturaleza de las cosas. San Martín, que al desobedecer indirectamente la orden del gobierno de acudir á la capital, temeroso que á su espalda estallase la revolución como lo decía, creyó haber

(3) Plan de San Martín de 15 de enero de 1820, presentado oficialmente al director O'Higgins. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

garantido á la provincia de Cuyo de la invasión de la anarquía, al mantener una actitud expectante sobre la base de la disciplina de sus tropas y distribuir sus fuerzas en las tres jurisdicciones, vió que todo estaba minado en el territorio argentino, y que la división de los Andes, corría el riesgo de perderse en su totalidad si no se salvaba en tiempo. Faltaba el nervio del gobierno, no había espíritu público ó militar que le diera tono, y hombres y cosas, trabajados por la acción disolvente de la anarquía reinante, concurrían á la descomposición política, abandonando al poder central. Era una situación irremisiblemente perdida como lo había previsto. Y en efecto, cuando se ven ejércitos tan virtuosos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos, y fuerzas tan sólidas como las de San Martín, enrolarse en el desorden, figurando á la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados de responsabilidad moral que se daban la mano con los caudillos semi-bárbaros, es necesario reconocer, sin aceptar por esto el fatalismo de los hechos brutales, que aquello era una verdadera disolución que reconocía causas profundas que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar, en obediencia á la orden del gobierno, habíase puesto en marcha desde Córdoba en dirección á la capital bajo el mando del general Cruz. Era esta agrupación un cuerpo sin alma en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época, trabajado por una larga serie de desgracias militares, compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas que la anarquía había penetrado profundamente. Una parte de sus jefes principales y la mayoría de sus oficiales eran desafectos al gobierno central, que miraban con repugnancia la guerra civil y resistían la marcha del ejército á Buenos Aires. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo único programa era « no tomar parte en la guerra civil. » Con este lema negativo en su ban-

dera, se sublevó el ejército del norte en la posta de Arequito, sobre la margen del Carcarañá (jurisdicción de Santa Fe), en la noche del 8 al 9 de enero, celebró una tregua con los montoneros, se replegó á Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, sustrayéndose desde entonces, no sólo á la guerra civil, sino también á la lucha por la independencia (4).

El 9 de enero de 1820, casi el mismo día y á la misma hora en que la nefasta revolución de Arequito se consumaba en la margen del Carcarañá, se sublevaba en San Juan el batallón N.º 1.º de cazadores del ejército de los Andes, sin que mediase acuerdo entre ambos movimientos. Era que el principio disolvente flotaba en todas partes, y que todas las fuerzas que se ponían en movimiento concurrían por gravitación á la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir ya. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán dejada allí para guardar el orden; con el ejército auxiliar llamado para salvarlo; y ahora con la división del ejército de los Andes acantonada en Mendoza con la cual se habría creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto en contra el ejército de los Andes, á no haberlo salvado San Martín con su previsión, lanzándolo á la expedición del Perú.

El batallón de cazadores había pasado á San Juan para remontarse, según se explicó antes. Constaba á la sazón de más de 900 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición del Perú, en cuya composición entraban las tres armas, bien ejercitado en la táctica de dragones. Mandáballo en ausencia de su jefe nato, el coronel

(4) Para mayores detalles de este acontecimiento véase nuestra « Hist. de Belgrano » (4.ª edic.) cap. XLI.

Alvarado, el teniente coronel Severo García Sequeira (salteño) oficial de mérito y de grandes esperanzas, pero implacablemente duro con la tropa, á la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión á los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inoculó su mal espíritu (5). Existía agregado al batallón un capitán llamado Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Valiente, corrompido, bullanguero, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Complotado con los tenientes Morillo (porteño) y Francisco del Corro (salteño), en confabulación con algunos federalistas de San Juan y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas y de los dineros del tesoro municipal. Explotando el disgusto de la tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín se hallaba en desacuerdo con el gobierno general y ausente en país extranjero, y de que sublevándose no irían á Chile, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y á principios de enero de 1820, — precisamente cuando San Martín trasponía los Andes al occidente, — todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y en el ascendiente que creía poseer sobre su tropa, despreció los avisos que en tal sentido le dió el teniente-gobernador La Rosa.

El batallón, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 9 de enero, como sucede cuando una masa está poseída de una pasión ó de un propó-

(5) Memoria hist. biog. de Alvarado. M. S. citado. (Arch. San Martín, vol. LXXIII.)

sito instintivo, que no necesita los estímulos de la palabra ajena. Dirigióse en seguida á la plaza en número de 800 hombres, dejando en el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la guarnición mandada por el teniente Bernardo Navarro, quien resistió á la intimación de rendirse. Tratóse un combate á la bayoneta, en que Navarro cayó tras pasado de heridas. Cuando los fusilazos que produjo este choque despertaron á la población alarmada, ya la sublevación estaba triunfante en todas partes y preso el teniente-gobernador. Mendizábal, Corro y Morillo al frente de la tropa amotinada ocupaban la plaza principal, dando *vivas á la federación y mueras al tirano*. Mendizábal, en medio del tumulto y rodeado de algunos vecinos mal afamados, que asumían la responsabilidad civil del movimiento, impartía sus órdenes á caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ebria, habíase concentrado á sus hogares. El comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían mientras tanto esfuerzos por organizar una contra-revolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados dispersos. Descubierta su tentativa, la misma tropa que parecía apoyarlos, corrió á las armas al primer grito dado por Corro, maltratando á los jefes y oficiales, cuya vida llegó á estar en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sino un movimiento espontáneo que tenía su origen en las pasiones de los soldados.

El motín, aunque decididamente hostil á la autoridad de San Martín y federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político, y entre sus promotores no había uno solo capaz de darle dirección. Movidos por sus instintos y aspirando los esporos mórbidos que estaban en la atmósfera, dieron al motín el carácter de revolución federal, en obediencia á la impulsión descentralizadora de la época.

La soldadesca se entregó á la más desenfrenada licencia. Los caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizábal procuró deshacerse de Corro, como de un estorbo. La tropa se pronunció por Corro. Mendizábal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón, y temeroso de una reacción, soltó al comandante Sequeira, al mayor Lucio Salvadores (de Buenos Aires), al capitán Camilo Benavente (de Chile) y al de la misma clase Juan Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, disponiendo fuesen remitidos á la cordillera por el camino de Uspallata, para que se incorporaran al ejército de los Andes. Estos desgraciados oficiales, fueron alcanzados por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendicho, perteneciente á los sublevados de la fragata «Trinidad» quien los ultimó con sus manos bárbaramente á sablazos en cumplimiento de las órdenes de Corro. Los cadáveres fueron arrojados á una acequia que entre unas peñas corría á inmediación del sitio del sacrificio.

El coronel Alvarado había intentado sofocar el motín, y al afecto adelantóse hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores á caballo con dos piezas de artillería, contando que á su aproximación la tropa reaccionaría. Á poco más de quince kilómetros antes de llegar á la ciudad, le fué intimado, que si daba un paso adelante, los oficiales presos serían degollados, y pudo convencerse á la vez que la tropa estaba dispuesta á resistirle á todo trance, por lo cual se decidió á retrogradar, como cediendo á las instancias del cabildo que le suplicó no avanzase para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura á los rehenes. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu, se apresuró á reconcentrar en Mendoza el regimiento de granaderos á caballo destacado en San Luis. El general San Martín por su parte, procuró salvar de este naufragio los

restos del N.º 1.º y envió un comisionado para reducirlos á la obediencia, con oferta de indulto, pero escolló en la tentativa (6).

III

La anarquía de Tucumán, Córdoba y San Juan, extendióse á Mendoza y San Luis, que á ejemplo de los demás pueblos siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas. El gobernador intendente de Cuyo, Luzuriaga, se vió obligado á resignar su autoridad, en medio de la odiosidad acumulada por las exacciones necesarias de que fué instrumento en manos de San Martín. El teniente gobernador Dupuy fué depuesto. Corro procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral, y marchó sobre Mendoza, pero sus vecinos armados, á las órdenes del general Cruz que después de la sublevación de Arequito se refugiara

(6) En nuestra « Hist. de Belgrano », cap. XLI (4.ª edic.) hemos relatado extensamente este episodio, con otros pormenores, que aquí nos limitamos á extractar. Anotaremos las autoridades que le sirven de fundamento. 1.º Memoria de Alvarado, M. S. Arch. San Martín, vol. LXXIII. — Correspondencia de San Martín con Godoy Cruz. M. S. Arch. San Martín, vol. XLII. — Correspondencia del enviado de San Martín, el mayor Domingo Torres. M. S. Arch. San Martín, vol. LVII. — « Gazeta de Mendoza » de agosto y setiembre de 1820. — Docum. publicados en la « Gazeta de Buenos Aires » de marzo de 1820. — Ofis. de Mendizábal en el Arch. Gral. M. S. S. — « Biografía del general Vega » (uno de los actores en este episodio). Op — « Memorias póstumas » del general Paz, etc., etc. Como complemento ilustrativo agregaremos: que Mendizábal, remitido más tarde por el gobernador de la Rioja á disposición de Güemes, y entregado por éste á San Martín, fué fusilado en la plaza principal de Lima el 30 de enero de 1822. Cuatro de los asesinos de los oficiales sacrificados, que fueron tomados después y remitidos al Perú, á disposición de San Martín, fueron igualmente fusilados en la plaza de Huaura, previa sentencia de un consejo de guerra. Véase Arenales: « Mem. histórica » etc., p. 188.

allí, lo obligaron á retrogradar, y su horda se disolvió en el bandolerismo, dejando á San Juan libre de su brutal tiranía, que aprovechó esta ocasión para declararse independiente.

No quedaban á San Martín sino dos partidos: ó lanzarse á la lucha intestina espada en mano, ó sustraer sus elementos militares de ella, salvándolos de una disolución segura. Con su acostumbrado golpe de vista, comprendió lo que hoy se ve claramente, que permanecer á la expectativa ó tomar parte en la guerra civil, era dar mayores combustibles al incendio. Ante aquella situación, habría flaqueado un ánimo menos resuelto que el del general de los Andes; pero en ese momento de prueba no le abandonaron su fortaleza ni su serenidad, y en vez de deplorar estérilmente el mal, ocupóse activamente en remediarlo. Decidióse definitivamente por retirar á Chile los últimos restos de la división de Cuyo, ordenando que repasasen inmediatamente los Andes, sin comprometer hostilidades inútiles contra los sublevados de San Juan, una vez fracasada la negociación de indulto. En consecuencia, Alvarado, con los regimientos de granaderos y cazadores á caballo y algunos dragones del N.º 1.º con dos piezas de artillería y el parque, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, llevando un contingente como de 1,000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que se contaba para la expedición al Perú. Al mismo tiempo San Martín escribía á su amigo Godoy Cruz, nombrado gobernador de Mendoza: « El incidente ocurrido en la provincia y su actual situación, me han llenado de desconsuelo. Ya no hay otro arbitrio que el de remediarlo por los medios que sean posibles. ¡ Qué males á la causa general del país! Todos los Elementos de la Gran Expedición se hallaban en el mejor estado; pero veo mal semblante á las cosas. En fin, mi Amigo, mi partido está tomado. Voy á hacer el último esfuerzo en beneficio de la América. Si esto no puede realizarse por

» la continuación de los desórdenes y Anarquía, abandonaré
 » el País, pues mi Alma no tiene un temple suficiente para
 » presenciar su ruina » (7).

Mientras tanto, el director Rondeau, afligido por la guerra que los caudillos le llevaban de Entre Ríos y Santa Fe, con un ejército que no pasaba de 1,500 hombres, reiteraba sus órdenes á los ejércitos del norte y de los Andes para operar una reconcentración de fuerzas en Buenos Aires. Era el síntoma seguro de la derrota, que los ejércitos pudieran haber retardado, pero no impedir en definitiva. En efecto, antes de cumplirse los dos meses de la disolución del ejército del norte y de la sublevación de Cuyo, el ejército de Buenos Aires, mandado por el director en persona, era derrotado en los campos de Cepeda (1.º de febrero de 1820), el congreso se disolvía en seguida, y el orden nacional se derrumbaba. Cada provincia era una republiqueta ó un cacicazgo independiente; la nación no tenía gobierno, y la nacionalidad era una abstracción. De este caos debía, empero, surgir la vida nueva con sus límites territoriales, su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general; pero por el momento, el ejército de los Andes quedaba huérfano de toda autoridad, sin más punto de apoyo que el territorio de Chile, bien que con la bandera redentora que la nación argentina le confiara y el genio del general que le inoculó su pasión americana.

En tal situación, el general San Martín dirigióse oficialmente al director O'Higgins (28 de enero), interrogándole, si después de los sucesos de Cuyo podría aún expedicionarse al Perú con 6,000 hombres, que eran los que siempre había considerado necesarios, ó al menos con 4,000 hombres que eran los estrictamente suficientes, y propuso á la vez varias

(7) Carta de San Martín á Godoy Cruz en Santiago de Chile, de 31 de enero de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

medidas para remontar el Ejército Unido. O'Higgins se mostró á la altura de la situación, y contestó decididamente, que podía contarse con 4,000 hombres y con los recursos necesarios al efecto (8). Al ser interrogado San Martín bajo qué bandera se llevaría la invasión, contestó decididamente que bajo la chilena; puesto que ella la cubría con su responsabilidad nacional, además que representaba los mayores elementos navales y pecuniarios; pero conservando el ejército de los Andes su nacionalidad y su pabellón en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Bien que la expedición al Perú hubiese sido el objetivo constante de la alianza argentino-chilena, que su realización fuera un compromiso internacional, los sucesos la habían aplazado de hecho, y en realidad estaba suspendida en virtud de las últimas órdenes transmitidas por el gobierno á San Martín para marchar con todas sus fuerzas á la capital. Así, al resolverla por sí, dejando á su patria envuelta en la guerra civil, el general de los Andes consumaba su desobediencia, aun cuando todavía no lo hubiese declarado públicamente. Pactaba con el gobierno de Chile, disponía sin autorización expresa de su gobierno de su persona, de las tropas y de los elementos militares que le estaban confiados á título de general argentino, y comprometía su bandera en una empresa lejana y arriesgada, asumiendo el carácter de árbitro internacional. Él, que no había retrocedido ante « la terrible responsabilidad que se echaba sobre sus hombros », según sus mismas palabras, comprendía lo anómalo de su posición, y procuró regularizarse, coronando su desobediencia con un acto original, que marca el momento supremo de su carrera de libertador americano.

(8) Barros Arana: « Desobediencia de San Martín », en la « Revista Chilena », t. III, p. 636.